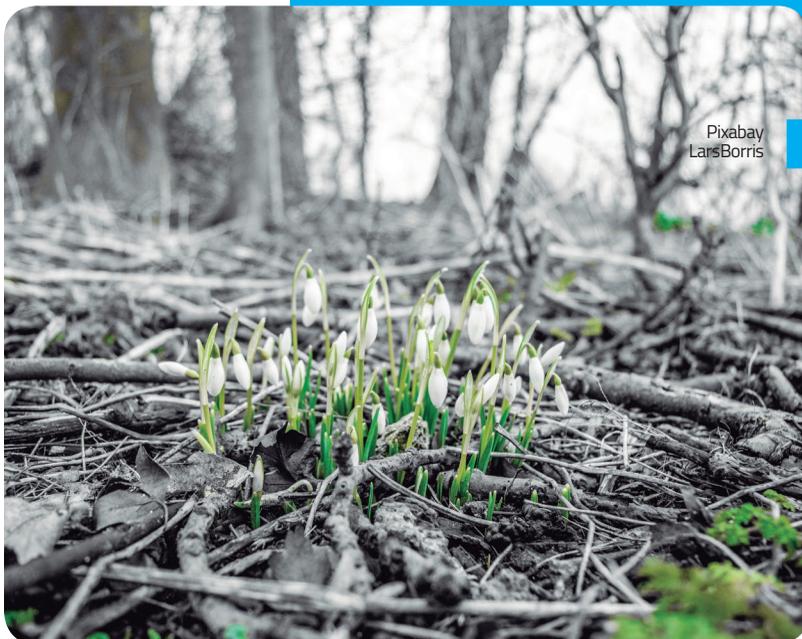


Cuando la Iglesia duele



P. Pablo Savoia

Muchas veces la Iglesia duele, es verdad. Pero aprendamos a mirar en grande. La Iglesia también alegra, sirve, también está comprometida con los que sufren.

Pixabay
LarsBorris

En el último tiempo me encontré con varias personas que se sienten muy dolidas con la Iglesia. Los casos de abuso sexual por parte de sacerdotes y algunas luchas de poder son factores de escándalo. Muchos sienten tambalear su fe ante estos hechos.

Son noticias que golpean y lastiman. Como dice el Evangelio, “¡Ay del mundo a causa de los escándalos! Es inevitable que existan, pero ¡ay de aquel que los causa!” (Mt 18, 7). No podemos cerrar los ojos y hacer de cuenta que no existen. Pero tampoco podemos hundirnos en el desánimo y en la desesperanza. ¿Qué hacer?

Creo que lo primero es retomar aquel gran y sabio consejo de la Carta a los Hebreos: “Fijemos la mirada en el iniciador y consumidor de nuestra fe, en Jesús” (Heb 12, 2). La Iglesia es humana y divina. Nunca debemos olvidar a Quien es el centro de nuestra fe. La comunidad eclesial no se define solo por sus manejos institucionales o por sus “engranajes de poder”. En esta misma Iglesia, que a veces no entendemos o nos duele, está presente el Señor de la historia regalando su Espíritu para que el rostro de la comunidad cristiana se renueve constantemente.

Lo segundo es aceptar la realidad del pecado en la Iglesia. No resolvemos nada negando o es-

condiendo las miserias. Si miramos con fe seremos capaces de reconocer en estas situaciones la oportunidad de dar un paso adelante. Si hay un error, hay que corregirlo. Si hay un delito, debe ser castigado. Si hay víctimas, deben tener siempre nuestro apoyo. Pero no es opción que ante hechos de pecado o corrupción eclesial nos instalemos en la crítica vacía, en la negación o en la desesperación. Estas crisis nos tienen que ayudar a vivir lo que Jesús pidió desde el inicio de su predicación: “Convértese y crea en la Buena Noticia” (Mc 1, 15).

Una tercera recomendación: confiar en los procesos que se generan en las “bases” de la Iglesia. Es cierto que no nos toca resolver los casos de escándalos eclesiales, pero tampoco podemos quedarnos al margen como si no tuvieran nada que ver con nosotros. Por la fe sabemos que somos solidarios con las víctimas: “¿Un miembro sufre? Todos los demás sufren con él” (1Cor 12, 26). Si nos tomamos en serio que esta “Iglesia que nos duele” es una oportunidad para convertirnos más a Jesús y su Evangelio, vamos descubriendo que los cambios en las pequeñas comunidades van empujando cambios más grandes.

La Iglesia cambia cuando cambio yo, cuando una comunidad se anima a vivir su fe de modo más evangélico y así se convierte en germen de nuevas búsquedas y de un modo de ser Iglesia que, si viene del Espíritu, tendrá una fuerza irreversible.

Muchas veces la Iglesia duele, es verdad. Pero aprendamos a mirar en grande. La Iglesia también alegra, sirve, está comprometida con los que sufren. ■